



Preparando el epitafio

Lo suponíamos; mejor dicho, lo sabíamos. Tenía que suceder...

El régimen comunista, aplicando de modo inexorable el aferrismo de que «la ropa muy sucia debe lavarse en casa», cerró herméticamente sus propias fronteras y las de sus satélites, declarando desde el interior las delicias de su sistema de gobierno; no obstante lo cual, síntomas inequívocos, aunque de menos cuantía, venían revelando que dentro de la zona roja no debía haber mucha limpieza cuando de allí se ausentaban todos cuantos podían, y hasta los prisioneros «comunistas» de Corea se obstinaban en no regresar a su «patria».

Pero la sociedad dentro de ese inmenso recinto llegó a tal punto que originó graves epidemias en varios lugares del mismo, y al serle aplicadas las medidas higiénicas y profilácticas (léase canonazos y fusilamientos...) necesarias para remediarlas y evitar su repetición, se procedió de modo tan violento que la noticia de su empleo resonó intensamente en todos los países de la tierra.

Los sucesos sangrientos que acaban de ocurrir en Checoslovaquia, en la zona volchevique de Alemania y en Polonia, no han sido ciertamente una revelación, pero constituyen una prueba plena de la falacia comunista, quebrando por su base los efectos de su propaganda, porque, si los obreros son también los que protestan, ¿qué clase social se siente satisfecha dentro de la Unión Soviética?... Era de suponer que cuando fuéramos lo estaría el propio partido que gobierna o manda, pero ahora resulta que ni eso siquiera, según lo pone claramente de manifiesto el caso Beria, al que seguirá cualquier día el caso Molotov u otro cualquiera.

La Historia, la gran maestra de la vida, ya tenía dicho lo que sucedería; y ahora sólo resta que surja un Napoleón en miniatura dando al traste con todos los «Presidiums» de Rusia y compañía para que en el telón de acero pueda ponerse un epitafio que diga: «Aquí yace el régimen comunista, que siendo en vida uno de los más crueles que sufrió el hombre en la tierra, fué hasta su muerte el más cínico y mordaz propugnador de la felicidad humana bajo su odioso sistema».

UBALDO RIVAS

Ganarás el pan con el sudor de tu frente

Contempló los surcos que se extendían a sus pies y en una mirada abarcó todo el campo. Era suya aquella extensión de tierra que le proporcionaba el pan.

Se sentó a descansar un rato. Las gotas de sudor caían por su frente. Se sacó perezosamente el pañuelo del bolsillo y enjugó su rostro. Después de encender un cigarrillo, se dejó llevar por sus pensamientos. Toda su vida estaba encerrada en aquel límite de tierra. Trabajando siempre, recibiendo el azote del aire que cortaba su piel cuando en el frío invierno avanzaba por las calles desiertas, o como ahora, en el estío agnandando el caluroso sol, que encendía su mente.

...Igual un día y otro. ¡Qué diferente vida la de aquellos seres que venían al pueblo huyendo de la ciudad!

Los contemplaba airado. ¡Bien

aguzó el oído. Dos hombres hablaban:

—Creéme que necesitaba este descanso. He pasado una temporada con los nervios en tensión. Aquel asunto de la fábrica me dejó agotado.

—Si bien lo sé. Estabas preocupado, ¿no? ¿diría obsesionado...? ¡pero en fin, ¿qué resolviste!

—Esta de mi esfuerzo su premio, volviendo a brazo partido con la adversidad.

—Se alejaron y no pudo oír más. Pero algo en su conciencia le decía: «Toda la humanidad tiene que haberse caminado. Todos los seres, dentro de su esfera, están como preses dentro de ese algo que les hace ganar el pan.»

—Mas aún no estaba decidido a aceptar esta lógica...

—Frente a él, un grupo de jóvenes reían alegremente. El que más animaba la charla era un muchacho de su misma edad.

—Lo había visto otras veces, y siempre animando... feliz... Ahora mismo era él el que llevaba la voz cantante:

—Pasad a recogerme. Tengo ilusión por ir con vosotros! Creo que la fuente está en un sitio precioso y el camino es fácil.

—No nos íbamos a esperar. Seríamos puntuales, y como no estés listo, te dejamos!

—No temáis. Iré a Misa temprana, no quiero perderla.

Al oírlo sonó irónico, diciéndose a sí mismo: «También a Misa, aunque no sea, precepto! ¡Encima santo!...» «¡Gato! que no era extraño.

¡Bien podía acercarse a Dios y agradecerle lo que le había dado! También él, si estuviera en su lugar, lo haría...; pero en su situación lo único que se le ocurría era pasarse cuantas al Señor y mirarle reo-

roso en el altar preguntándole: «¿Por qué no me diste a mí lo mismo que a él?...»

Se disolvió el grupo, y el que era objeto de su envidia permaneció hablando con un amigo. Su voz tenía un dejo de tristeza.

De repente, quedó paralizado. Vió que los ojos del joven se posaban sobre él, sin brillo... sin luz... apagados... ¡Miraban sin ver! Sintió pánico. ¡Había echado en cara a Dios los beneficios recibidos y había deseado, pedido, ¡ser como aquel hombre!...

Vió su equivocación. Comprendió plenamente que la vida no era fácil, para la humanidad. Que fuera en tal fuere la posición social, fábrica o campo; el trabajo era lucha, cansancio... «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» El precepto abarcaba a todos, y la adversidad y la desgracia eran patrimonio universal...

...Así meditando, se encontró dirigiendo por una fuerza inferior frenante a los surcos, que partían a sus pies en línea recta hacia el horizonte.

...Y bajo la claridad de la noche estrellada contempló con unción y respeto aquella extensión de terreno que le proporcionaba el pan...

¿Directivos o dirigentes?

Es muy frecuente el empleo de estas dos palabras con igual significación. Entendámonos que no es admisible esto.

Veamos.—La Academia de la Lengua española dice:

«Directivo, za.—Dícese de lo que tiene facultad y virtud de dirigir».

«Dirigente» es la persona que dirige, sin que actúe en virtud de un cargo u oficio especial.

«Director» si actúa.

Aclaremos este concepto, al recibir un tanto oscurito.

El conjunto de socios de la Acción Católica que dirigen sus organismos son «dirigentes», pero no «directores», ni «directivos», porque este adjetivo se emplea refiriéndose a «cosas», no a personas.

¡Fijémonos detenidamente en la definición académica: «... lo que» y verémos que expresa solo «cosas».

Antiguos diferentes hallaremos en el uso de los vocablos «directivos» y «declarantes»; «manifestativos» y «manifestante»; «cooperativos» y «cooperante» etc.

José M.ª GONZÁLEZ

Caa, 53.

Santa Marina, Virgen y mártir.-Su fiesta, el 18 de Julio

Marina era hermana de Santa Librada. Pequeña aún, huyó de su casa porque su mismo padre pretendía hacerle renir culto a falsos dioses. Cuando jovenca, se encontró con el Presidente Olibrio, que quiso tentar su pureza. Marina, libre por condición social, pero esclava de Jesucristo, despreció promesas y amenazas. Sufrió que con garfios de hierro rasgasen sus carnes hasta los huesos.

La cerraron en oscura cárcel; allí se le apareció el demonio en forma de horrible dragón, que ella ahuyentó con la señal de la cruz. Naturalmente trató Olibrio de seducirla, pero inutilmente. Le aplicaron muchas encendidas a sus costados, lastimados por los garfios de hierro, y atado de pies y manos fué arrojada al agua. Pero como saliera ilesa, fué degollada por orden del mismo Olibrio.

Orense puede enorgullecerse de una Santa de tal época.

Marina nos recuerda que dando no hay sacrificio no hay amor; que hemos de preferir la muerte antes de apostar de nuestra santa Fe.

IMP, «HODIRE»
OSERA (ORENSE)

EN TORNO A UNA VELADA TEATRAL

A su debido tiempo dimos cuenta del pùblico, pero aquí impropia- mente en Carballino de haberse constituido en Carballino la Conferencia de San Vicente de Paul, con la misión de socorrer al pobre y al humilde.

Desde entonces vienen sus socios reuniéndose semanalmente y al término de las reuniones cada uno de ellos deposita su óbolo en una bolsa, sin que se entere la mano siguiente de lo que hace la derecha. Las cantidades así recaudadas, juntamente con las aportadas por los socios protectores, se convierten después en pan para el hambriento y en cobijas para el necesitado. ¿Para qué extenderse en consideraciones sobre tan benemérita labor? Basta con decir que, en tan poco tiempo, se han repartido ya más de cinco mil raciones de pan, aparte de otro gran número de soperos en mantas y en leche para los enfermos.

Cada necesidad es sopesada por la Conferencia y se acude a su remedio teniendo en cuenta su gravedad y las posibilidades económicas; pero muchas veces se presentan casos urgentes y entonces no hay que dudar nada en la prestación del socorro. aquí a trueque de que los fondos suficientes sean demasados. Lo malo es que últimamente las arcas se hallaban vacías y para atacar la bancarrota surgió la idea de poner en escena una ópera de teatro, para que hubiese de trabajar los caudados. La idea fue acogida con entusiasmo e inmediata- mente los mismos socios se ofrecieron a actuar, a pesar de que muchos de ellos jamás habían pisado las tablas de un escenario. Lo peor que podría ocurrir sería provocar la hilaridad

del pùblico, pero aquí impropia- mente ese ridículo se convertirá en pan para el necesitado? Dicho y hecho: se buscó la cooperación de otras personas amantes de la Conferencia y el día 9 del corriente, en el Teatro que Alameda, se puso en escena una obra de Muñoz Seca.

Oh, milagros de la caridad! Los que se disponían a afrontar el ridículo por amor a los pobres obtuvieron un éxito resonante: el pùblico no se rió de ellos, sino que se rió con ellos de muy buena gana, como distinguí con frecuencia don Jacinto Benavente. De todos hay que hablar con el mayor elogio y destacar la seriedad de la señora Conchita Berrero, la gracia de doña María Asunción López Muñoz y el desparpajo de las niñas Pili y María Rita Fernández Ferrero.

También el éxito de laquilla fue enorme: los carballineses se dieron cuenta del fin de la obra y llenaron el teatro en las dos funciones, engrasando así las pobres arcas de los pobres en más de cuatro mil pesetas.

Y todo esto—tan hermoso—se hizo de la manera más sencilla. El presidente de la Conferencia, don Urbano Ruas Martínez, pudo muy bien entonar un canto a la caridad y arre- car de este modo al pùblico grandes aplausos. Pero no quiso hacerlo. Se limitó a agradecer la asistencia del pùblico y a hacer—eso sí, con mucho garbo—unas consideraciones humo- rísticas sobre la actuación de los caudados. Nada más.

Y ésta, amigos, es la verdadera realidad.

Carta abierta al Lama Nicomedes

Muy señor mío:

Dios quiera que al recibio de estas letras se encuentre bien de salud; por aquí todos bien y sin novedad, lo mismo que lo desoamos.

Le escribo estas dos letras para decirle algunos pensamientos míos que se me han ocurrido con respecto a la historia de usted, pues aunque pobres y burros, disponiendo la frase, a veces se nos ocurre algo a los humildes y me parece a mí que, sin ofender a nadie, podemos hablarlo porque a lo mejor tiene algo de utilidad, y según explicaba un maestro, hombre muy sabido y muy leído, del pueblo de mi mujer; de prudentes es el recoger todos los consejos, vengau de donde vengau, y no hay hablador que al cabo del día no diga algo bueno, y a veces suena la flauta por casualidad, como decía el maestro (que Dios tenga en la gloria, pues el pobre ya finó) al contar un cuento muy gracioso de un burro (con perdón de los presentes) y una gata. Yo soy un vecino de Carballino

del cuerpo lleva al abandono del alma, grande error; me parece a mí, pues el cuerpo no acaba más que de pasto de cuatro muñecas.

Dijese de monada, señor Nicomedes y salga de lama y de la lama y reconciliese con Dios y con la Iglesia católica. Y más que dice mi mujer (que a veces discute bien, como si no la fuera) que para el año es Judío y se portaban los peccados, aunque sean grandísimos como debe ser ese que usted hizo. Es un consejo de un hombre de bien y que le quiero, pues si es verdad que no lo conoce, por lo que escribió le parece una persona alegre y de buen humor, y es una lastima que se vaya tan derecho a haver chistos al infierno de los condenados, en brazos del diablo, por obra y gracia de ese Buda gordiflón.

Además ¿por qué se marchó usted para ahí, para el Tibet? ¿Le pasó alguna gran desgracia como esas que andan en coplese? Perrió a toda su familia. Le ardieron todos los bienes, o le pasó cualquier otra cosa grandísima y tremenda? Aunque esto sucediera no había motivo suficiente para hacer lo que hizo. Pero no. Usted se nos marchó por una ligera aventura en el parque de Carballino; todo comenzó en un tropozón en un montón de tierra que tenían allí para hacer un ar-

El domingo, día doce, se ha jugado en nuestro estadio municipal este encuentro amistoso de fútbol, que terminó con la amplia victoria de nuestros colores, recordada en el título de esta crónica.

Dos caras tuvo el partido. En la primera parte nuestro conjunto, enajado de estrellas, pues en él se había incluido todos los jugadores carballineses fichados por equipos de categoría superior, sea por un exceso de confianza, sea por una falta de entendimiento entre sus componentes adoleció por completo de falta de efectividad. Marcando un tanto en el primer minuto, transcurrió después toda la parte con un acoso constante del team contrario, a base de impetu y de entusiasmo que no culminó en una escandalosa derrota gracias a la enorme labor de Calvo en la portería, una de las mejores que le recordamos; por su parte la superioridad de Sporting Club se vió traducida en muchos avances bien llevados por el centro del terrero pero que se convertían en un tremendo barrullo al hallarse frente a la meta enemiga.

En la segunda parte salieron los nuestros con varias modificaciones

glo. ¡Ay, señor Nicomedes! ¡Por qué cosas de poca monta se lleva un alma el diablo! Si todos fueran como usted, este año sí que era de ganancia para el infierno. Porque ha de saber señor Nicomedes, que ya se han llevado a cabo el arreglo, que es una «delicia» verlo, y una tortura pasarlo, y no digamos si se va en coche o en moto. La suerte es que no vienen exultados como usted y los pastantes se limitan a echar unos juncamentos de los pequeños... Y nada más, que si siguieran el camino de Yá, pronto llevarían las calderas de Pedro Jotero. ¡Ay, Señor Nicomedes! ¡Qué chico se queda Yá, al lado de éstos! Dios les conserve la resignación para bien de sus almas y sirva su ejemplo de saludable medicina de su alma de scarrinda por ese remoto país!

Dispónse si en algo ofendi, que fué sin querer, y lo mismo digo a los que esto lean, si se pone en letra de imprenta, por que como uno no fué a la escuela más que hasta los doce años, puede meter la pata, sin darse cuenta, por menos de nada, aun viendo con la mejor buena voluntad.

Sin más por la presente que comunicarle, se despido de usted su seguro servidor.

JUAN DEL POBRIJO

Sporting Club 6 - Ribadavia 0

en su alineación y desde el primer momento vimos que había cambiado la decoración del encuentro. Uno tras otro fueron llegando los goles, y al último, el mando que los locales ejercían en el campo era absoluto; los de Ribadavia, vencidos por juego y, por resistencia física se entregaron, aunque no sin ensayar avances esporádicos.

Partido amistoso y de fiestas, pasó sin pena ni gloria. Vimos la alineación de un joven elemento que prometió nos referimos a Rasilla, que estuvo muy oportuno durante su actuación en el segundo tiempo y que realizó varias jugadas de mérito que revelan a un jugador no vulgar. A algunos de los locales, escudriñones en las fiestas de juvenos de enjuiciarlos, y conste que quienes ganan con ellos son los propios jugadores.

El Ribadavia, como esperábamos, equipo bronco, un algo marrullero y que suple con entusiasmo la carencia de técnica. Jugó todo el tiempo sin entregarse y sólo cuando físicamente no pudo más, dió la impresión de un equipo rendido.

Y sin haber más de que tratar, hasta otra.

P. V.

EMILIANO

Mariscos, Tapas variadas, Especialidad en Vinos del Rivero y Manzanares.

Caridad, 8 - CARBALLINO

FARMACIA Fontañás

TELÉFONO 67
CARBALLINO

Casados 4 - Liborianos 3

Con motivo de los festejos de San Benito, el pasado día once ha tenido lugar en el campo de Espiñedo, un emocionante encuentro entre un equipo de solteros (Los Liborianos) y una selección de casados de la villa. El partido terminó con la victoria de los casados por cuatro a tres.

Momentos antes de iniciarse el encuentro, la expectación era grandísima. Todo el mundo hacía cábalas sobre el resultado del mismo y se barajaban los nombres de los componentes de los dos teams, mostrándose los presagios ligeramente favorables a los liborianos, de cuyos entrenamientos intensivos había noticia, así como de una táctica nueva y preconcebida en cuyo estudio habían pasado los componentes del conjunto soltero gran parte de la noche del día anterior, estudio que, según fuentes fidedignas, había terminado a las seis de la mañana. Por su parte los casados guardaban su más absoluta reserva.

Desde el hotel en que se hallaban retirados, fueron conducidos los jóvenes al estadio municipal en el magnífico auto-pullman de las obras de la nueva iglesia, C-5673; en el campo ya se encontraban los del bando rival siendo acogidos ambos onces con calurosos aplausos.

Puesta la pelota en juego y bajo las órdenes del colegiado señor López (don Eielvino) que siguió el juego muy por bajo y muy de cerca, los dos equipos comenzaron a ligar primorosas jugadas sucediéndose ininterrumpidamente los ataques a ambas metas. Poco a poco y contra todo lo previsto los liborianos fueron alojando el tren dando paso a un dominio intenso de los casados que pronto tuvo su reflejo adecuado en el marcador. La gente aplaudía a los vencedores y se conmovía de los vencidos que naufragaban en el césped sir más táctica, al parecer que ingerir gaseosas.

Tras el descanso, modificaron los solteros sus líneas, pasando Paco al extremo izquierdo y sustituyendo Charro a Victor y Felipe a Guillermo. Con estas modificaciones ganó en profundidad la defensa, al intentar en ella el juego impetuoso de Paco, hábil en concebir la jugada y potente en el disparo, aunque poco eficaz en rapidez debido a no haber eliminado más que ciento cincuenta gramos de grasas en los entrenamientos. Desde este momento estuvieron a punto de ganar el partido al marcar Paco dos goles imponentes que nivelaron la marcha del encuentro. De los casados mucho tendríamos que decir y no se pueden señalar destacados porque todos brillaron a gran altura.

Jugaron con la táctica WM que dominan perfectamente. La defensa sonrió a los delanteros contrarios a un severo y estrecho marcaje y en las pocas ocasiones que lograron tirar a gol, el portero supo resolver bien las situaciones. Bien la media y muy acertada en su misión, y brillantísima la delantera que desconcertó por completo a la delantera rival.

El encuentro terminó con la victoria de los casados por el tanto ya dicho, que pudo ser mayor. Los conjuntos alinearon así:

Liborianos: Pinal, (Charro); Villarino, Pituxo, Mirito; Ojea I, Yarrala; Guillermo, Arocas, Pepe, Victor, Paco.

Casados: Diz; Javier, Muñoz, Ferreras; Oscar, Oiberriñan, Antonio, Xurillo, Zopa, Ricardito, Peleleiro.

¿HABRA REVANCHA?

En los centros futbolísticos comúnmente estos días con gran interés el rumor de que los casados van a dar la revancha a los vencidos. Alabamos este deportivo proceder, que pone muy altos a los héroes del día de San Benito y veríamos gustosos que la idea llegara al campo de las

realidades. Claro que, profanando un secreto, nos hemos enterado de que en las esferas de la soltería reina la esperanza de conseguir un desquitado sensacional, requiriendo para ello a todos los medios. Jugadores de gran renombre entre los cuales se cuenta el popular Julio Ameljares, gran conductor de línea, han ofrecido desinteresadamente su concurso. Por otra parte tenemos noticias de que los señores casados están en conversaciones con destacados elementos y figuras nacionales del popular deporte.

Los primeros contactos entre elementos representativos de ambos bandos parece que fijan la base en disputarse en la sucursal merienda, que pagará los derrotados, y destinar la recaudación a cualquier fin benéfico.

Tendremos a nuestros lectores al tanto de las negociaciones.

NOTICARIO

El pasado día quince ha fallecido en esta Villa don Antonio Soto (tómese que contaba en ella con numerosas amistades que durante su larga vida de industrial se había granjeado por su honradez y por su trato afable y bondadoso.

A su esposa doña Concepción Blanco y a su hija Lucinda y demás familiares hacemos presente nuestro más sentido pésame.

El día de San Benito en la Parronquial de esta Villa ha hecho su primera comunión la encantadora niña Amalita Couto Spara, hija del conocido industrial de esta Villa don Edelmirto Couto y de su esposa doña Luisa Seara.

Tanto la niña como sus padres reciben nuestro parabién.

Se halla entre nosotros, de regreso de Madrid, pasando las vacaciones estivales la simpática niña Lucilla Lorenzo Rodríguez, hija de nuestros buenos amigos el transportista don Benjamin Lorenzo Miñero y doña Jesusa Rodríguez.

Enlace Alvarez - Fernández

El día trece de los corrientes, y en la iglesia de Santa María la Real, de Osera, contrajeron matrimonio el joven industrial de Coiras don Manuel Alvarez González y la bellísima señorita Lourdes Fernández Dieguez, maestra nacional.

Benidijo la unión el Rvdo. Padre Mauro, de la Orden del Cister, y fueron padrinos don Ramón Alvarez Pérez y la encantadora señorita Carmen Alvarez González, padre y hermana del novio.

Después de la ceremonia los numerosos invitados, que se acercaban al centenar, fueron espléndidamente obsequiados en casa de la novia.

Desearnos a la feliz pareja toda suerte de venturas en su nuevo estado.

Incendio en la Rectoral de Partovia

En la madrugada del día 5 los vecinos de Partovia que se dirigían a sus trabajos del campo observaron fuego en la casa rectoral y, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron impedir que el fuego redujese a pavas gran parte del edificio.

Las pérdidas se calculan en dieciocho mil pesetas. Inmediatamente se formó entre los feligreses una comisión, encargada de recoger los donativos a fin de reconstruir la casa rectoral.

Dadas las simpatías con que cuenta el virtuoso abad párroco de Partovia, don Francisco Fernández, toda la parroquia ha acudido con desprendimiento a la llamada de la comisión, entregando donativos en dinero y en especie.

Sentimos muy de veras esta desgracia y recordamos a nuestros lectores que existe una comisión encargada de recibir los donativos.

¡Cuanto dinero...

¡Cuanto dinero se gasta a diario inútilmente! ¡Cuanto criminalmente! Un caballero, una señorita (¿merecerá tal nombre?) que fume doce pitillos diarios de 1,75 pesetas caja de veinte pitillos gastará en treinta años nueve mil novecientas setenta y dos pesetas. La compañía arrendataria de Tabacos, entrega al Estado español, en épocas de venta normal más de un millón de pesetas diariamente!

Y en diversiones, ¡cuanto se derrocha! Desde la liberación de Madrid, hasta diciembre de ese mismo año—poco más de ocho meses— se gastaron en la capital de España treinta y ocho millones de pesetas en espectáculos! En el año 1940, se gastaron en nuestra Patria en cines y teatros ¡seiscientos veinte millones de pesetas! En un sólo día del verano madrileño se van seleccionadas mil pesetas en refrescos. ¿Y en modas? Abrigos de pieles, trajes de noche, sombreros ultrarridículos, zapatos gordos... No hace mucho en una ciudad del norte de España, se presentó en un baile una mujer... luciendo un par de zapatos que habían costado cinco mil pesetas. ¿De qué



LA SEÑORA

D.ª Pastora Pérez Ventosela

VIUDA DE REQUEJO (Contratista)

Falleció en Orense, en la madrugada del 4 de julio de 1953, a los 74 años de edad,

confortada con los Auxilios Espirituales y la Bendición Apostólica de S.S.

D. E. P.

Sus hijos: D. Valentin (industrial de Carballino), D.ª Mariña (ausente), D. Antonio, D.ª Marina y D. José; (industrial de Orense); hijos políticos: D. Antonio, D. Manuel, doña María y D.ª Dolores y demás familia.

AGRADECEN a sus amistades la asistencia a la conducción del cadáver al cementerio de San Francisco que tuvo lugar el día 5, a las doce y media de la mañana, desde la casa mortuoria, Carretera de la Lonja (frente al Hospital), y funerales, por su eterno descanso que se celebraron en la iglesia de Santa Eufemia del Norte, el día 7, a las nueve de la mañana, rogándole la tengan presente en sus oraciones, favores por los que le quedarán eternamente agradecidos.

Soledad

A la señorita CLARA MOREDA
LUIS, animadora de la devoción del
crucifijo, en los hospitales y Casas
de Salud en Cuba; y como recuerdo a
mi maestro don JOSE MARIA
GONZALEZ que quiere clarar en
mi Cruz, a la memoria de los muert-
os por España.

J. J.

Yo nunca tuve otro escuela
que una vida desgraciada,

Pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

M. Fierro

Mucho se ha escrito y se ha dicho sobre la soledad. ¿Qué es la soledad? ¿Cuándo estamos en soledad?

¿Cuándo nos sentimos solos?... Dejemos ésto a los filósofos y pensemos, aunque estimo que en todo ser que se afana y pretende hay un filósofo. Lo que voy a contar es algo que me ha hecho pensar sobre la soledad. Y para ello trataré de narrar lo que me sucedió. Era una mañana del mes de enero. El día estaba fresco, bastante frío para ser en el trópico. Al pasar por una de las calles del Vedado, arrimado al muro de unos jardines de ostentosa residencia vi como un bulto de un ser humano que trataba de incorporarse. Amanecía el día nublado y no podía distinguir bien si era hombre o mujer, joven o anciano. Al fin me fui acercando y tuve una sorpresa muy desagradable. Mucho se ha dicho sobre la fraternidad, sobre la caridad, en fin sobre todas esas cosas que en general, las sienten ciertos hijos de Dios y algunas criaturas que acaban poniéndolas en los afanes o poco menos... para expresar mejor la opinión del pueblo, uno por millón, alcanzan estos bellos sentimientos. Pero no se trata de ésto, y no quisiera apartarme del relato. Al acercarme a la persona sentí un así como temor y repugnancia que se dominó por la curiosidad. Lo que vi era algo así como una mujer, para poder llamarla de algún modo. Vestía un traje de percal incolorado, que reconocí como el traje que las gentes del pueblo usa siempre como promesa a Jesús Nazareno. Era de estatura mediana, más bien bajita. Delgada, en tal estado que, la piel, la carne y los huesos parecían el misterio de la Santísima Trinidad. La cara ¿era esto cara? Pasaron unos momentos y al levantar la sutura la pude reconocer. Un pariz aliada, los ojos hundidos, vagarosos, como desesperados, el perfil de medalla con el rostro resaca, el pelo negro acerdado, lleno de canas como de vejez pre-natura.

La edad era como de unos treinta años, pero como todas nuestras guajiras cargadas de penas y trabajos, ella representaba mucho más, parecía tener cincuenta años. Me acerqué y preguntéle:—¿Qué le pasa?— Con voz débil y tímida, haciendo un gesto de desgano y hastío, me contestó así:—Es que me siento mal... Bueno, pero es que usted debe ir para el hospital... Es que estoy esperando que me lleven... De allí me dieron de alta.—Sin comprender la falta de caridad, volví a decirle, en tono de reproche:—Pues nada, tiene usted que volver para allá.—Y entonces ella con un encogimiento de hombros y un gesto no

sé si desprecio, de burla o de indiferencia, me miró pasivamente y no dijo nada, nada.

Me dió una pena profunda y comprendí... ¡Yo no había tenido caridad!

Ésto es la soledad, me dije! Entonces traté de remediar algo el daño causado. Me acerqué con más amor y a media voz, tratando de poner dulzura en mis palabras le pregunté así:—¿Usted es del campo, no es verdad? Dígame, que yo la voy a ayudar. Como se siente mal, aquí tomamos el ómnibus... ya verá, ya verá... se pondrá bien... se curará... se curará... Traté de darle ánimo y creo que esbozó una sonrisa tímida, porque noté que ella ce-respondía. Me acerqué para brindarle apoyo en mi hombro derecho y vi que asentía con cuerpo y alma. Le había ganado la voluntad.

Otra vez la curiosidad me dominó y volví a dirigirle no recuerdo cuantas preguntas.

La vi por todo ajuar un jarro de lata y un cepillo viejo... Verdad que para que su cuerpo descendiese pronto eternamente, ni eso necesitaba, pensé...

Volvamos otra vez a nuestra mujer y veamos lo que me contó. Caminábamos lentamente a coger el ómnibus que pasaba tres o cuatro calles más abajo.—Yine de Yaguajay con una familia que me trajo a la Habana y cuando me enfermé, me dejaron... Del hospital me dieron de alta porque decían que estaba bien. Yo no tenía a donde ir, no me sentía bien y al querer entrar otra vez que me llevó un policía, me dijeron que no había cama y vengo camina, camina, hasta que no pude más... No se quejaba. Abandonada por todos, desengañada de todo, tal vez esperaba la muerte como una liberación, o no sé qué pensaría o qué sentiría, si en esas condiciones se puede pensar...

Sin familia, sin amigos, ni nadie que le prestara ayuda. ¡Esa así la soledad! pensé.

Al montar en el ómnibus el conductor ayudó por piedad y por diligencia.—Me para en el hospital— le dije. Noté en la cara y el gesto que el conductor asentía con mi mirada que pronto terminaría aquella vida.

Bajamos. Las gentes pasaban indiferentes, tal vez preocupadas con sus penas y miserias o acostumbradas a ellas, las admitían pasiva e inconscientemente... Subimos las calles empinadas para orientarnos por aquel dédalo de pabellones. Turbados que orientarnos, preguntar, inquirir. En todas partes gestos casi agrios, fallos de sonrisa, casi tristes... No es fácil la muerte a los desheredados, en el siglo del hierro

y el cemento...

Al fin descansamos.—Sientese ahí.—Le indiqué.

Sala de espera. Cuadrados, blancos y duros brillos de madera. Allí revueltas: gentes de varias razas y de todas edades. Niños, mujeres, hombres, ancianos... Lo que padre parece querer... El viento frío del Norte mordía las carnes, que con la falta de calefacción, las ropas rotas y remendadas, daban al cuadro el tono de aguahuerto goyesco.

—¿Su nombre?—preguntó, una oficinista delgada, cara entredura, mecánicamente, sin levantar la vista, ni casi mirarnos.

—¿Su nombre?—Volví yo a repetirle, porque se fue... ha como abstraída.—Natalia de la Cruz Oviedo.—me contestó tímidamente.—Bueno, ahora se queda usted ahí y luego la recogerán... Yo no estuve bien, lo comprando.

Afinado en mi vivir y con las cosas del mundo, no volví hasta los tres días, que me parecieron los suficientes para que se muriera y la enterraran...

Esto es una confesión. Me creí que había hecho una obra de caridad. ¡Estamos tan fallos de ella, que un simple acto de bondad nos hace sentir satisfechos!

Volví a los pocos días, casi con la seguridad de no hallarla. No fallé en mi presentimiento. Pregunté por su nombre. Allí estaba en el libro registro del hospital—Natalia de la Cruz, ha muerto—me contestó la oficinista.—Y vi su nombre marcado con el rasgo, al lado una cruz en un tinta. La cruz que no tuvo a la cabeza de la cama, la cruz que no tuvo en la caja desnuda, la cruz que besé porque un misionero de Jesús, ensimismado en las cosas de Dios, acertó a sus labios como Providencia, al momento de entregar su alma. Alma que a las dos horas estaría esperando el juicio de Dios, ya que su cuerpo la ciencia lo necesitó para beneficio de la sociedad, de los hombres que tanto la maltrataron...

¡Qué amarga reflexión me dejó la muerte de esta criatura! Pensar que vino a la Habana desde su pueblocito; que tal vez un desengaño de amor o de maldad o ilusionada con

la vida falsa y engañadora de la ciudad, madrigueradelmal, rendida por el trabajo, se enfermó. Los que la arrancaron de su vida sencilla y monótona, la dejaron, la abandonaron en medio de la civilización de los fuertes, de los triunfadores...

Supe que de la sala de disección, salió en la caja con otros que se fueron solos... Quise ver la sala. Hierro, porcelana, vidrio... Estudiantes que ven «casos» interesantes, sonrren, viven, se afanan, triunfan o caen; tal vez el caso de Natalia no les interesara, porque se le veían en la cara y en el cuerpo sus males, y las angustias del alma,—¡esas quiten las ve bien es el Creador!...

Quise ver cómo morían los abandonados. Pregunté... No hay capilla, no hay crucifijo, no hay nada de eso... Sentí una angustia profunda, ¡Ésto era la soledad! La imagen era perfecta... El hombre no podía llegar a mayorrehajamiento. Desterrado Jesús de los sitios del dolor, sin consuelo, sin esperanza... aquel de quien Galdós hace decir así a uno de sus personajes que,

*Endulzo el alma y la lengua
más que la miel y el azúcar
con sólo sus cinco letras.*

Y si no tuviéramos la fe popular del cantar:

*Te busqué en la angustia mía,
Virgen de la Soledad
Y me diste compañía
Compañía y soledad.*

la desesperación, la angustia serían inmensas...

Sólo así el alma que espera, que ora, y que sufre y trabaja, no desahora en la soledad del mundo terrenal...

Me imagino que Natalia de la Cruz tuvo ese consuelo, al besar el crucifijo del misionero y pensar al cerrar los ojos, en su Virgen cubana, la del cantar:

*Donosísima aunque pobre
Virgen de la caridad del Cobre.*

Sólo así, puedo creer que no murió en la soledad Natalia Cruz.
JOSE JUSTO MARTINEZ
Habana.

Se metió en el bosque

—¡Pobre chical! ¿Has visto?

—¿Qué le ha pasado?

—Por de pronto se la han llevado, no se sabe si a las Oblatas o a un Reformatorio.

—No entiendo.

—Pues... que se metió en el bosque.

—¿Qué bosque?

—¿No sabes el cuento de Capercucita? Era una jovencita, la más linda y graciosa que pudiera imaginarse. La madre y la abuelita estaban locas con ella. ¡Le estaba tan mona aquella capercucita roja hecha con los mimos de la abuelita!... Un día su mamá la envió a casa de la abuelita. Capercucita conocía muy bien el camino. ¡Lo había recorrido tantas veces!... Aquí, el molino; allá abajo, el río; a la derecha el bosque.

—Se ve que lo tenía bien trillado.

—Si los árboles tan pomposos y verdes, aquel perfume de las flores silvestres; el canto de los pájaros... todo lo conocía muy bien. ¡Unas lindas mariposas volaban sobre las zarzas.

—Pero bien, ¿que pasó?

—Que aquella tarde, al ir capercucita a ver a su abuelita, salió de la carretera y se metió en el bosque.

—¡Pobre chical!

—Y se paró a escuchar el canto de los pájaros, el murmullo de las hojas y se puso a recoger flores y mariposas.

—¿Y qué?

—De pronto llegó el lobo...

—No sigas, me da miedo.

—¿Has comprendido? Eso hizo nuestro amigo: se metió en el bosque del cine, en la selva del baile... llegó el lobo...

—Lo sé ya todo. No debemos salirnos de nuestro buen camino.

Aunque V. no lo crea

El pico más alto de la Orografía española está en Fernando Pó, es el pico España, de 4.710 metros de altura; algunos menos que el coloso de Europa, el Mont-Blanch, y casi mil más que el más alto de la Perínsula.